EL EMBRUJADO

TRAGEDIA DE TIERRAS DE SALNES

3957

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Precio del ejemplar

50

céntimos

Las obras más interesantes
Las de más prestigiosos autores
Las que más expectación
hayan despertado
Las encontrará usted en

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18

M A D R I D

EL EMBRUJADO

ANP
MERLO.

DON RAMON DEL VALLE INCLAN

EL EMBRUJADO

TRAGEDIA DE TIERRAS DE SALNES,

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Muñoz Seca, de Madrid, la noche del 11 de Noviembre del año 1931.

DIBUJOS DE
MERLO

LA FARSA

AÑO V || 14 DE NOVIEMBRE DE 1931 || NÚM. 218
MADRID

MERLO.

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
La Galana	Irene López Heredia.
Anxelo	Mariano Asquerino.
Mauriña	María Isabel Pallarés.
Don Pedro Bolaño	Cecilio R. de la Vega.
El Ciego de Gondar	Nicolás D. Perchicot.
La Moza del Ciego	María del Pilar Lebrón.
Doña Isoldina	Aurora Palacios.
La Navora	Lis Abrines.
Juana de Juno	Adela Carbonè.
Una Mocina	Carmen Medina.
Malvín	Marcial Manent.
El Cabezalero	Fernando Molina.
La Abuela	Consuelo Pallarés.
La Ofrecida	Josita Hernán.
Valerio el Pajarito	Manuel Kayser.
Guzmán de Meis	Manuel Soriano.
Los hijos de Alonso Tovio	Ricardo Vico. Fernando Molina.
El Ciego de Flavia	Elías Sanjuán.
Musquilda	Marina Mora.
Un rapacín	Charito Kayser.
Diana de Sálvora	Pilar Arroyo.
Otra Mocina	Kety Alonso.

677431

JORNADA PRIMERA

GEORGICAS

Una casa grande, toda de piedra, con aroma de mosto en el zaguán, galgo en la solana y palomas en el alero. Por delante cruza un camino de aldea, y entre el camino y la casa hay un campo verde, cercado de laureles viejos, donde pace una vaca. La solana, este día con hilanderas que devanan en los sarillos o tienen la rueca, se alegra como un carro de vendimias. La vieja caduca es Andrea la Navora. La del pelo cobrizo y los ojos zarcos, Juana de Juno. Las otras tres, con los ojos como los mirlos, menudas, cetrinas y endrinas, son del nidal de Rosa de Todos. ¡Las otras cinco, juntas en un banco, son rapazas tan nuevas, que aun no se sabe quién son! Estamos en tiempo otoñal, generoso y dorado, después de vendimias y espadelas. Llegan por el camino los pagadores de un foral, y en la cancela salmodian una abuela y su nieta, que lleva en la mano el voto de una cabeza de cera.

LA NIETA. ¿Dan limosna para una misa? ¡Estoy mordida de un can de la rabia!

LA ABUELA. Es la Ofrecida del Lugar de Condes.

JUANA DE JUNO. ¿Dónde le mordió el can?

LA ABUELA. Era pastora en Lugar de Condes. ¡Era pastora!

JUANA DE JUNO. ¿Que dónde le mordió el can?

LA ABUELA. ¿Que dónde le mordió? ¡En la misma cara!... ¡En la misma cara!...

(Llegan a la cancela los pagadores del Foral de András. Posan al arrimo del muro los costales de piel de carnero. Se adelanta el viejo que lleva la cabezalería.)

EL CABEZALERO. ¡Los llevadores del Foral de András, que venimos a pagar el dominio!

LA ABUELA. ¡Una limosna para la ofrecida, que la mordió un can de la rabia!

(Entra en la casa la moza del pelo cobrizo y sale con dos mazorcas de maíz, que pone en las manos arrugadas de la abuela.)

JUANA DE JUNO. ¡Tomad y andad con Dios!

LA ABUELA. ¡Mira qué espigas! Dos carozos desgranados. No se pierde tu amo, no se pierde.

JUANA DE JUNO. Son muchos los pobres de Dios.

LA ABUELA. Son muchos y han de ser más.

EL CABEZALERO. ¿Distes aviso que venimos a pagar los del Foral de András?

JUANA DE JUNO. Ya está cumplido. Pregunta el amo si traéis fruto o dineros.

EL CABEZALERO. Fruto y dineros. Y preguntamos ahora nosotros a cómo nos pone mi amo el ferrado de trigo, medida del Deán.

JUANA DE JUNO. Ya os di su respuesta en el mercado de Viana. ¡A veintitrés!

EL CABEZALERO. Ninguno lo precia tan alto.

JUANA DE JUNO. El tiene su ley.

EL CABEZALERO. Como él no hay otro... Tanta avaricia y se ve solo en el mundo.

UN FORANEO. A veintitrés no lo pagamos. Traeremos el fruto.

EL CABEZALERO. Y luego el fruto no lo recibe, con aquello de que tiene cizaña y está por escoger.

LA ABUELA. Con la muerte del hijo se hizo más tirano. ¡Lástima de galán!

JUANA DE JUNO. ¿Ustede no era vecina de la moza que mantenía?

LA ABUELA. Por tres años estuve viviendo arrente de su puerta, en un agujero.

LA NAVORA. ¿Cabía en él acostada? Pues ya estaba bien.

LA ABUELA. ¡Amén, Jesús! No penséis que hago el pecado de pedirle más a Dios Nuestro Señor.

(La Abuela y la Nieta se alejan confundidas con los llevadores del foral. El CIEGO DE GONDAR asoma por encima de los vallares el pico de su montera y la MOZA que viene guiándole avisa con una gran voz.)

LA MOZA DEL CIEGO. ¡El Ciego de Gondar!

LA NAVORA. ¡Ya llega el Antruejo! ¡Verás tú qué mala idea trae!

JUANA DE JUNO. ¡Nunca la tuvo buena!

LA NAVORA. ¡Las viruelas que le picaron los ojos habían de picarle la lengua!

JUANA DE JUNO. ¡No madrugas, Electus!

EL CIEGO. No madrugo porque velo.

LA MOZA DEL CIEGO. Somos casados de poco tiempo y la cama nos llama.

LA NAVORA. Libremente lo declaras.

EL CIEGO. Primero lo declara el enemigo que vos encisma la sangre a viejas y mozas.

JUANA DE JUNO. Recuérdome, Virula, cuando ibas con el Ciego de Flavia. Todavía has de volver con él,

LA MOZA DEL CIEGO. Este cativo no consiente que lo hagan de menos.

EL CIEGO. Tengo bien ferrado el palo.

JUANA DE JUNO. Pues el Ciego de Flavia lo juega de maravilla, que aprendió de mozo en la raya del Portugal.

LA NAVORA. Como un lobo va por los caminos, deseando topar con vós.

EL CIEGO. Ese día se verá quién sale con la cabeza quebrada.

LA MOZA DEL CIEGO. No hay que hablar de lo que está por venir. Echa una copla y vámonos mundo adelante, Electus.

(El Ciego de Gondar, con la cabeza agachada sobre el hombro, templa la zanfoña bajo la anguarina portuguesa. Otra vez se alegra el coro de las hilanderas, ramo bermejo y dorado de manzanas, con una arrugada como las reinetas. El Ciego de Gondar canta y mueve un viejo son en el teclado desvencijado. La Moza le acompaña con el pandero.)

EL CIEGO.

En Quintán de Castro Les,
Quintán de barbas honradas,
Tiene Don Pedro Bolaño
Casa, regalo y labranzas.

LA MOZA DEL CIEGO.

¡Ay! Un hijo que tenía,
Galán de muy buena gracia,
¡Ay! Traidores lo mataron
Entre la noche y el alba.

EL CIEGO.

Lloró el viejo como viejo,
Arrepuñadas las barbas,
Que toda su sangre entierra
Con el hijo que enterraba.

LA MOZA DEL CIEGO.

¡Ay! Un murmuro le miente
Que el muerto prenda dejaba.
¡Ay! Prenda engendrada en moza
Que tiene la casa llana.

EL CIEGO.

Y el viejo, sin maliciarse
Que van buscando sus arcas,
Hace traer el infante
Y en su casa lo regala.

(Por una puerta baja salta un mozo gañán, medio desnudo, todo tinto de mosto: Es Malvín, el hijo de la loca que guarda las cabras. Nació en el pajar, y en refajuelo jugó por los rincones de la cocina, rodando los calabazos de grandes vetas amarillas. Veinte años de comer el mismo pan, le han dado la lealtad de un mastín.)

MALVIN.

¿Quieres probar cómo te hundo la zanfoña en las costillas y luego te meto los huesos en un haz? ¡Por una aventuranza!

EL CIEGO. ¡Tojos bravos! ¡Piedras sin alma! ¡Dejad al ciego que recoja su pan por los caminos! ¡En esta noche oscura no puede ver ni la mano que le daña, ni la que le concede el bien de caridad!

LA NAVORA. ¡Anda, gran enredador! Dormido ves tú como las liebres, ¡cuánto más, espabilado!

UNA DE LAS CINCO MOCINAS. ¡Parece un misionero! ¡Conmueve!

JUANA DE JUNO. Míralo con cuánta priesa se camina. ¡No quiere aventuranzas! Ahora de antes, echó una prosa con más veneno que un verde alacrán.

MALVIN. Adentro la escuché. La mejor que dice es un ramo de ortigas.

JUANA DE JUNO. Suéltale el perro que le roa los calcaños.

(*Asoma en la puerta de la solana un hombre flaco, con capa de larga esclavina y medias azules. Le consume el rostro y le ahonda los ojos la barba canosa y crecida de calenturas: Es DON PEDRO BOLAÑO.*)

DON PEDRO. ¡Dejad al Ciego! Harto sabéis que no es del Ciego el solimán de sus prosas.

MALVIN. Por sabido que no. Otro raposo las urde sin salir del tobo. Mas sea de la cabeza, sea del rabo, yo lo he de sacar.

DON PEDRO. ¡Deja sus incumbencias a Dios! Tú alcanza al Ciego y hazle que vuelva para hablar conmigo. Rapaz, te recomiendo que no lo maltrates. Suelta el cayado que tomaste.

(*Malvín salta el camino. Fuerte, montés, manchado de mosto, dorado por el sol, tiene la gracia de un verso rudo en un poema antiguo. Don Pedro Bolaño, lentamente, sin ruido, como una sombra, entra en la casa. Hay en toda su figura una tristeza medrosa, algo de fantasma y algo de desenterrado. Las hilanderas se inclinan, hablan quedo.*)

JUANA DE JUNO. El aire frío de su capa hace roncar al gato en el quicio de la puerta.

LA NAVORA. ¡No es conocido Don Pedro Bolaño! Aquella risa tan liberal para pobres y ricos la enterró con el hijo que le mataron!

LA HIJA MAS NUEVA DE ROSA DE TODOS. ¿Nunca se supo quién fué el matador?

LA NAVORA. ¡Nunca, jamás!

JUANA DE JUNO. ¡La abuela dice bien!... Si se supo, la justicia nunca lo encontró...

LA HIJA MAS NUEVA DE ROSA DE TODOS. ¿Y el infante recogido, será verdad que no es sangre de Don Miguelito?

UNA DE LAS CINCO MOCINAS. Nos también lo tenemos oído... Decir, lo dicen. Pero la lengua del escorpión de la estrella más alta lo puede decir.

JUANA DE JUNO. Hay quien lleva la paternidad escrita en el semblante.

LA NAVORA. Y en la condición se revela la sangre. Pero todo ello viene andando los tiempos, Juana de Juno.

JUANA DE JUNO. La Galana tuvo conversa con muchos.

LA NAVORA. ¡Notorio!

JUANA DE JUNO. Cumple un año para la feria del Santiago que la vi sentada en La Braña, riendo con un mozo y atándose el pañuelo.

LA NAVORA. Un pañuelo por igual lo desata una mano que lo desata el viento.

JUANA DE JUNO. Tuve un mal pensamiento y lo espanté para no condenar mi alma. Al disimulo pasé por detrás y vi que le vi... ¡La espalda y los hombros llenos de tierra! ¿Qué hacéis, rapazas? ¿No lloráis ni reís?

LA NAVORA. ¡Afanes de loquear y de dar que decir tienen algunas mozas! ¡Con prados y maizales que es una gloria, ir a recoger esquilmo en La Braña! Las mozas de hoy no miran por su honra ni por la buena prenda que llevan vestida.

LA HIJA MAYOR DE ROSA DE TODOS. ¿Qué está diciendo? ¡Santa del Cielo! No miran aquellas que les cuesta poco trabajo ganarlo, que las demás bien reparamos.

LA NAVORA. Si encuentran un cortejo que les deje una onza de oro, de nada les aprovecha.

LA HIJA MAYOR DE ROSA DE TODOS. ¡Cortejos de onza de oro, pendientes y gargantilla! ¡No son de este tiempo, señora Andrea la Navora!

(Callan y mueven el huso las cinco mocinas, todas en hilera como santas de un retablo. El banco cojea levantando una cabecera, y los husos tienen un baile de holgazanes. Después, las cinco mocinas siguen hilando, rígidas y cándidas.)

JUANA DE JUNO. La Galana tiene dos enemigos que la comen: El jarro de vino y la curia.

LA NAVORA. Di tres enemigos, porque también levanta su quiñón el criado.

LA HIJA MAYOR DE ROSA DE TODOS. ¿El criado es el amigo de ahora?

JUANA DE JUNO. Amigos tiene muchos, pero ese reina con todos. Es al que señalan por padre del picarín. ¿Habéis reparado en el picarín? Tiene toda la cara del hijo más nuevo de Anxelo. Son de un tiempo: Cayeron el mismo día en la cama la mujer y Rosa Galans.

LA NAVORA. Don Pedro Bolaño a ninguna de tantas mentiras inclina las orejas.

JUANA DE JUNO. Hace bien, que una caridad nunca se pierde. Con todo, cuando oyó el primer murmuro, quedóse mortal.

LA NAVORA. Ni tú lo viste, Juana de Juno, ni yo tampoco.

JUANA DE JUNO. ¡Bien que lo vi! Andaba de noche por los corredores, como alma en pena, batallando entre devolverle el hijo a la madre o seguir guardándole. ¡Le quiere por los vivires! ¿Reparasteis cuando Don Pedro estuvo a mirar nuestra tarea? No asomó en su cara la risa, si no fué con los embelecos del picarín. ¡Por los vivires le quiere!

UNA DE LAS CINCO MOCINAS. ¡A las veces lo mira tan fijo, que el niño llora!

JUANA DE JUNO. Don Pedro busca adivinar lo que ya sabe. Hace

como el celoso, que con la más pequeña cosa duda y con la más grande aun no se resuelve a creer.

(EL CIEGO DE GONDAR entra en la heredad, sacudiendo la espalda bajo la mano que MALVIN le afirma a modo de yugo. VIRULA, la moza, queda en el camino.)

EL CIEGO. ¿A dónde me llevas?

MALVIN. Respuesta me pides, respuesta te doy. Vamos a comparecer en la presencia de mi amo. Juana de Juno, ¿quieres en un vuelo prevenirle?

JUANA DE JUNO. Hermano Electus, verás qué responsorio te canta Don Pedro.

EL CIEGO. ¡Como no me alcance la cachiporra del hisopo!

MALVIN. Lo que mi amo disponga no lo sé. Como yo estuviese en su puesto, te aseguro que después del responsorio te enterraba.

EL CIEGO. ¡Mala alma tienes, condenado!

MALVIN. Como estoy ignorante de lo que mi amo disponga, a la prevención voy a cavar una cueva.

EL CIEGO. ¡Mala alma tienes!

LA MOZA DEL CIEGO. No te espantes, cativo. Don Pedro sabrá disimular una prosa del Ciego.

(El viejo labrador aparece en la solana, sin ruido, como una sombra. Una de sus manos recoge la capa sobre el pecho. Solamente Pantoja de la Cruz pintó figuras de tan sombrío y rústico realismo.)

DON PEDRO. ¡Eres como los lobos, Electus! Vas por las veredas pidiendo una limosna y quieres estorbar la generosa voluntad que yo tengo para ese niño.

EL CIEGO. ¡Mi señor Don Pedro!

DON PEDRO. ¿Quién te ordena venir a mi puerta con esas coplas y esos sones desvergonzados? ¡Habla!

EL CIEGO. Mi señor Don Pedro, el pobre de pedir que recorre los caminos oye lo que se dice por todas las bandas de la Cristiandad, sin distinguir al modo de aquel que tiene ojos. Dentro de mí las voces

se juntan como el murmullo de las olas. ¡El que tiene vista distingue unas olas de otras! ¡El que solamente las oye, nada distingue!

DON PEDRO. A ti te pagan por venir a mi puerta con esos sones. ¿Quién te paga?

EL CIEGO. Mi señor Don Pedro, el ciego tiene que comer y beber, y que mantener a la moza. Ahora esperamos bautizo. Si mi amo quisiere hacer una caridad y sacarnos de pila lo que nazca, picarín o picarina.

DON PEDRO. Contesta a mi pregunta: ¿Quién te paga?

EL CIEGO. Pagar, no me pagan. Tiénenme prometida una licencia para pedir en el convento de Santa Clara, en Viana del Prior.

DON PEDRO. Sospecho quién te protege, pero quiero oirlo de tus labios. ¡Habla!

EL CIEGO. ¡La lengua se me caiga! Prometí con juramento no revelarlo a persona nacida. Si falto, me condeno. ¡Tan seguro que me condeno! Me condeno de firme y voy de cabeza para los Infiernos. ¡Tan seguro que voy! ¡Magnánimo corazón, no consientas ver negra mi alma por salir tú adelante con un empeño! Cállome el nombre. ¡Me lo callo, así me pasen un cuchillo por la garganta, y me troncen la cabeza y me la pongan en una pica más alta que la luna, clavada y escachada como un colondro!

DON PEDRO. Basta ya de burlas chabacanas. ¡Calla el nombre! Pero no aparezcas por mi puerta, si no quieres quedar sepulto en ella. Acaso las historias tuyas y de otros espanten de mi alma el amor que tengo puesto en ese niño. ¡Si tal conseguís, arrancadas se vean vuestras lenguas! ¡Malditos seáis!

EL CIEGO. ¡Señor Don Pedro, para qué decirle aquello que sobradamente sabe!

DON PEDRO. ¡Dilo!

EL CIEGO. ¡Fué Caín contra Abel! El otro pobre no fué nunca contra su hermano.

DON PEDRO. ¡Dilo!

EL CIEGO En una rama está retorcida la serpiente. La pie-

dra de una centella le aplaste la cabeza. ¡Espantarla con la higa el amo y los criados de esta casa! ¡Espantarla con la higa! ¡Salte de aquí, Demonio Cabrón! ¡Deja tu puesto a la paloma blanca que viene por el camino para posarse entre nos! ¡En el pico, pintado de rosa, trae un ramo de oliva!

LA NAVORA. ¡Qué agudo! ¡Cómo adivinó que llegaba Doña Isoldina!

(Doña Isoldina viene aún muy lejos, atravesando un campo verde. Es alta, blanca, con la pátina dorada del sol y una gracia sonriente esparcida desde los labios a los ojos. Tiene pulida de un inocente resplandor la frente serena, y las manos castas, caseras, hacendosas, con el perfume campesino del Evangelio. Y como las fuentes claras de los prados, su alma es humilde y cristalina, llena de un murmullo sagrado.)

EL CIEGO. ¡Santo del Cielo! ¡Revelaré el nombre de aquel que me incita! ¡Revelado va! ¡Por las veredas lo publicaré! ¡Mi amo me lo manda! ¡Mandado fué! ¡Si digo mentira, que muerto me entierren! ¡Muerto de siete días, descuartizado, salado y salpreso!

DON PEDRO. ¡Calla, hombre de burlas! ¡Calla por todos los Demonios!

EL CIEGO. ¡No reniegue, cristiano, que más no me demoro!

DON PEDRO. Si antes te dije que hablases, ahora te mando echar un nudo a la lengua.

EL CIEGO. ¡La paloma blanca se puso a deshojar su ramo de oliva en los aires, entre el claro sol y la tierra cativa!

(Se yergue explicadora Juana de Juno, llena de saber, el huso suspendido en el aire y la mano vuelta con los dedos algo entreabiertos, aprisionando la luz como en un cuadro veneciano. Las cinco mocinas la escuchan extáticas, y escuchan llenas de malicia las hijas de Rosa de Todos.)

JUANA DE JUNO. Tales palabras—que son de los viejos—vienen a representar que el sol es como un resplandor del Cielo, y un carbón negro del Infierno la tierra cativa.

LA NAVORA. Vienen a decir tales palabras que el sol es el poderío que tiene Don Pedro Bolaño, y la tierra cativa la condición del pobre, que sólo tiene una sábana de tierra, y un cobertor de tierra, y un jergón de tierra... ¡Y eso al morir!

JUANA DE JUNO. Si acaso, tal sentencia puede contener que el sol es la caridad que hace Don Pedro Bolaño, y la tierra cativa el alma negra que la quiere estorbar.

LA NAVORA. ¡Te engañas, moza! Cualquiera a quien interrogues te lo explicará de distinta conformidad.

JUANA DE JUNO. Y ninguno lo explicará al conforme de la abuela.

LA NAVORA. Ni otra cosa aventuro. Las palabras sabias, que vienen de los viejos, a cada uno le dicen una cosa distinta, como acontece con las músicas.

UNA DE LAS CINCO MOCINAS. Una espiga tiene muchos granos que desgranar, y mucha harina que amasar, y mucho pan que dar. Y las buenas palabras—nuestra abuela decía—son espigas de la era de Dios.

(Con su mano prieta y dorada, como un fruto bendito, DOÑA ISOLDINA abre la cancela y alza el azafate de ciruelas migueleñas, que ofrece como regalo a Don Pedro Bolaño.)

DON PEDRO. ¡Sobrina! ¡Sobrina! ¡En mal momento llegas!...

DOÑA ISOLDINA. ¡Ya lo sé!

DON PEDRO. Lo sabes y te presentas ante mí. ¡Sí me es odiosa toda vuestra raza!

DOÑA ISOLDINA. ¡Yo no!... Y mi raza tampoco... ¿Está el niño en la cuna? ¿Puedo verle?

DON PEDRO. ¡No!

DOÑA ISOLDINA. Es el hijo...

DON PEDRO. ¿De quién? ¿Tú lo sabes? Yo ya lo dudo.

DOÑA ISOLDINA. ¡De mi marido!

DON PEDRO. Le mataron sin que lo fuese. Muchacha, deja los modos de libro impreso: Di el hijo de tu primo.

DOÑA ISOLDINA. ¿Está en la cuna?

DON PEDRO. Ven conmigo. Cuando lo tomas en brazos parece que se van mis dudas.

(La figura rancia del caballero labrador entra en la casa. Doña Isoldina sube la escalera de piedra, y santiguándose cruza la misma puerta.)

JUANA DE JUNO. ¡Ay, Electus, padre de los raposos, cómo conociste que llegaba Doña Isoldina! Doña Isoldina, su madre, es quien te dicta las prosas.

EL CIEGO. ¡Doña Isoldina es una paloma blanca!

JUANA DE JUNO. ¿Y la sentiste venir volando?

EL CIEGO. Sentí al gavilán volar sobre ella. Sentí a la sierpe alentar para ella. Sentí al Santo Angel de la guarda majar sobre todos nosotros, bailándonos una ribeirana encima de la cabeza y de los hombros, con sus pies blancos.

JUANA DE JUNO. ¡Calla, prosero!

LA MOZA DEL CIEGO. ¡Prosero será!... Pero él adivinar, adivinó quién venía.

MALVIN. A poco también lo proclamas brujo. Adivinó como pudiera adivinar cualquier otro. Doña Isoldina, todas las tardes, al toque de la oración, aparece por la puerta con la súplica de ver al infante que recogió Don Pedro.

LA NAVORA. ¡Tanto amor tuvo al muerto que aun guarda para el hijo de la bribona!

UNA DE LAS CINCO MOCINAS. ¡Los hermanos como lobos, el uno arregañado para el otro, y la sobrina venir todas las tardes con el ruego de ver al niño! ¡Parece un ejemplo!

LA NAVORA. Estaba velada, y al rayar el día de la boda le mataron al novio.

LA HIJA MAS NUEVA DE ROSA DE TODOS. ¡Y no saberse ni sospecharse quién pudo ser el matador!

LA NAVORA. ¡Nada!

LA HIJA MAS NUEVA DE ROSA DE TODOS. ¿Ni si fué más de uno?

LA NAVORA. ¡Nada!

JUANA DE JUNO. Pronto lo dijo.

MALVIN. Puede aventurarse que un hombre solo no se ponía con el muerto. ¡Y dos, lo recelo!

JUANA DE JUNO. Don Miguelito traía oro de Portugal. ¡Y lo que no es oro! ¡Tanto pañuelo de seda! ¡Tanta fina randa! ¡Y veludillo de grana! Con este trato ganaba mucho dinero. Pero también le servía para conquistar a las mozas con regalos. En el proceso aparecía la sospecha de una moza. ¿Tú no lo has oído, Electus?

EL CIEGO. ¡Así muerto me entierren!

LA NAVORA. ¡Cuánto sabes! Sin declararlo claramente, pusiste de manifiesto quién te recompensa por cantar a esta puerta.

LA MOZA DEL CIEGO. No dijo ninguna cosa que de antes no la supiese Don Pedro.

EL CIEGO. El pobre que recorre los caminos del mundo tiene que ser callado como la tierra. Quien todos los días halla de comer en la cocina de un amo, no sabe lo que son trabajos. ¡Eso solamente lo sabe la criatura que está tullida de las piernas o manca de los brazos! ¡Falta de la vista o falta del conocimiento, que es lo más peor, porque no puede alabar a Dios! ¡El pobre de pedir que anda los caminos del mundo tiene que ser callado como la tierra! Un suponer: Hay un rico caballero que va por el monte y descubre una cueva de ladrones, y como es un rico caballero y lleva su vara derecha, lo declara al Alcalde Mayor. El pobre de pedir nunca ve cosa ninguna. No sabe de asesinos ni de ladrones. Para llenar las alforjas hay que ser callado como la tierra. Los pecados de un pobre de pedir no son como los de un rico caballero. El pobre de pedir puede hacer muchas cosas malas sin condenar su alma. El pobre de pedir dice que no hay ladrones en el mundo, porque a él nadie le roba. El pobre de pedir dice que no hay

asesinos en el mundo, porque a él nadie le quiere mal. El pobre de pedir dice que no hay odio entre las familias, porque él es como una piedra que rueda. El pobre de pedir dice que no hay pleitos por las herencias, porque él no tiene nada que dejar. Al verdadero pobre de pedir hay que enterrarlo de limosna, y como pasa tantos trabajos, aun cuando haga alguna cosa mala, no se condena como los ricos. ¿Sabéis vosotros quién está más al pique de condenarse? ¡El Rey!

(El Ciego palpa en el aire, alcanza el hombro de la moza, afirma bien la mano y sale al camino. Anda levantando mucho los zuecos y habla sin gestos, inclinado sobre la oreja de la coima.)

LA NAVORA. Siempre a recomendar el secreto y es el primero en publicar las nuevas por los caminos.

JUANA DE JUNO. Pues si de alguno sabe quién fué el matador y dónde enterraron el dinero...

LA NAVORA. Dirás que es el Ciego de Gondar.

JUANA DE JUNO. Y no descarrío. Cuando embarca mucha bebida, lo publica.

LA HIJA MAYOR DE ROSA DE TODOS. Dice con el vulgar que en ello anda una mujer, pero el nombre no lo dice.

UNA DE LAS CINCO MOCINAS. Por nuestra aldea corrióse que la víspera de morir estuvo el hijo del amo con la diversión de leer cartas y que por tres veces le salió en ellas que una mujer de espadas le guardaba traición,

JUANA DE JUNO. Esa sangre salpicó a la cara y a las manos de una mujer. ¿Quién ella sea?

MALVIN. Callad con el cuento y mirad quién viene por el camino.

JUANA DE JUNO. ¡Santísimo Señor, nada malo pudo escuchar, que no la nombre!

LA NAVORA. ¡Muera el cuento!

JUANA DE JUNO. ¡Muera el cuento!

(Una mujer renegrida y garbosa, con zapato bajo y mantilla de terciopelo picado, entra en

la heredad. Las hilanderas, con la cabeza vuelta hacia el camino, murmuran de una en una, con largas escalas llenas de misterio: ¡Muera el cuento! ¡Muera el cuento! ¡Muera el cuento!)

LA GALANA. ¡Salud para todos!

LAS HILANDERAS COMO EN UN ROSARIO. ¡El Señor la depare! ¡El Señor la depare! ¡El Señor la depare! ¡Amén!

LA GALANA. ¿Está el amo?

JUANA DE JUNO. Adentro entró, por la puerta no salió, brujo no nació y por la chimenea no voló.

LA GALANA. ¿Quieres darle aviso que llegó agora Rosa Galans?

JUANA DE JUNO. Excusas de nombrarte, que bien te conozco.

LA GALANA. No eres tú la sola que me conoce.

JUANA DE JUNO. Por sabido que no. Yo te conozco a un modo, y no faltará quien te conozca al otro.

LA GALANA. ¿Lo dices con segunda?

JUANA DE JUNO. Lo digo con la fe de Dios. Alégrome conocerte.

(A este tiempo, DON PEDRO BOLAÑO sale despacio, con la cabeza erguida y la expresión nublada. Trae en brazos al niño, abrigado y oculto bajo la capa. Hasta llegar al arambol de la solana no habla ni mueve un gesto.)

DON PEDRO. ¿Rosa Galans, traes firmado el papel que declara la condición del niño y el permiso para que me lo confirmen por nieto?

LA GALANA. Firmado no traigo nada. Antes de firmar, razón es tratar.

DON PEDRO. Hagamos capítulo: Tengo manifestado mi deseo de calificar a este niño por mi nieto, darle mi apellido y la legítima naturaleza para heredar.

LA GALANA. ¡Muy bueno si busca eso! ¿Y si busca quitarse de más tratos con la madre del niño? Reconocido abuelo, a su lado lo guarda para mientras viva. Tengo consultado gente de leyes. Si el hijo goza grandeza, justo parece que goce la madre de igual beneficio. ¡Y mi señor don Pedro

no quiere eso! Quiere apartar a la madre con aquello que sea voluntario, sin mediar papel ni palabra de convenio. ¡Hable, señor don Pedro! ¿Qué dice? No se esté callado a mirarme como un inquisidor.

DON PEDRO. Digo que si no firmas te llevarás a tu hijo. O todo sangre mía, o todo sangre tuya. Particiones, no!

LA GALANA. Pero diga algo, señor, diga algo. ¿Me concede los molinos que tiene en Aralde y aquel agro pequeño que tiene debajo? Si me los concede, y una casa donde vivir, con cuatro gallinas y una cabra, quien dice una cabra dice una vaca...

DON PEDRO. ¡Tú me dejarás pobre!

LA GALANA. ¿Me los concede?

DON PEDRO. Los molinos. El agro, no.

LA GALANA. ¿Pero qué le vale, si son cuatro ferrados de tierra mala?

DON PEDRO. ¡Me dejarás pobre!

LA GALANA. ¡Pobre! No tiente a Dios, señor don Pedro.

DON PEDRO. Tráeme firmado el papel.

LA GALANA. Ha de hablarse todo. Tocante a decir me quito de tener imperio de madre sobre mi hijo, yo no firmo por cosa ninguna.

DON PEDRO. ¿Son tus últimas palabras?

LA GALANA. Son, sí, señor. ¿Y por qué no habían de serlo? Antes de firmar conviene tratar. ¿Recuerda las tierras que tiene camino de San Amedio? ¿Las recuerda?

DON PEDRO. Rosa Galans, sobre nuestras conciencias van a pesar durante toda la vida tus palabras.

(Mesurado y erguido el viejo labrador baja la gran escalera de la solana, que visten de oro las mazorcas esparcidas por la balaustrada, secándose al sol y oreando al viento de Sálvora.)

DON PEDRO. Rosa Galans, ten a tu hijo.

LA GALANA. ¡Qué me entrega, señor!

DON PEDRO. Al hijo de tu sangre.

LA GALANA. ¡Tanto de la mía como de la tuya!

DON PEDRO. Nuestra sangre no puede mezclarse.

LA GALANA. ¡Claramente que ahora no puede! Pero cuando pudo ya se mezcló. ¡Y bien que se mezcló! ¿No tiene delante la muestra?

DON PEDRO. Yo únicamente sé que ese niño es tu hijo, y que te lo llevas.

LA GALANA. ¿Y no se le oprime el corazón de lo dejar ir?

DON PEDRO. El niño no podía ser de los dos.

LA GALANA. ¡Yo no se lo pido!

DON PEDRO. Pero yo renuncio a él. No quiero vivir esclavo tuyo y acabar pidiendo limosna por los caminos.

(Don Pedro Bolaño se aleja con la frente baja y las manos juntas, apretando la capa sobre su pecho. Al entrar por la puerta levanta los brazos con aquel ademán bíblico de sembrador que maldice.)

DON PEDRO. Había propuesto que mi sangre o la tuya. La tuya ha vencido, Rosa Galans. Te llevas a tu hijo y yo entierro todos mis amores de viejo. ¡Sal de mi casa con ese hijo de la tierra y nunca vuelvas!... ¡A mi puerta os vea temblando de frío, en carnes y harapos, metidos en nieve!...

(El viejo labrador pasa encorvado bajo la puerta de la solana. Rosa Galans sacude al niño hasta hacerlo llorar y estalla en denuestos.)

LA GALANA. ¡Hemos de ver si por el rapaz no vienes, viejo avaricioso! ¡Ortiga brava que ni a los suyos tiene ley! ¡Con las rodillas y las barbas por tierra has de venir a mi puerta, Pedro Bolâñoí

EL CABEZALERO. Dad aviso que fincamos de vuelta los llevadores del Foral de András.

LA GALANA. ¡Dejad paso, monteses!

UNA VIEJA. ¡Qué andar de malterciar!

MALVIN. ¡Qué andar de perra ladronera!

EL MAS VIEJO DE LOS FORANEOS. No sabes más cuánta verdad hay en esa que hablas al modo de ventolera. Es monstruo, y como tal desenvuelve una parte de bestia. Murió poco ha quien con esa mujer en el monte cazó y pieza cobró.

EL RUMOR RELIGIOSO DE TODOS. ¡Brujas fuera!... ¡Brujas fuera!... ¡Brujas fuera!...

FIN DE LA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

ANIMA EN PENA

Tarde de otoño. Un río tranquilo, espaciado en remansos bajo la verde sombra de chopos y mimbrales. A las dos riberas, agros mellizos de heno y de linar que, a par del río, se rizan con la brisa. Llueve menudo, menudo, en una gran paz. Sobre la arena fuerte de la ribera, que cruje desgranada, están sentados un hombre y una mujer. A su espalda, abierta y vacía, la casa alzada con pedruscos, cubierta con paja de maíz y envuelta en humo. Las figuras parecen muy lejanas en el cernir de la lluvia menuda. Dos larvas en la orilla del río. Hablan de una manera fugitiva y medrosa, como si quisiesen no alterar el reposo del paisaje, la quietud de las hojas y del cristal del agua, la paz de todas las cosas que dice la perfección del éxtasis y el sentido hermético y eterno de la felicidad.

ANXELO. ¡Anima en pena, no me arremolines en tu círculo! ¡Anima en pena, corita entre dos luces, no me implores con las voces, con las manos no me hagas las cruces! Si me abrazares, caeríamos los dos en el profundo Infierno. ¡Vaya si caeríamos! Caeríamos, porque no soy un gran pecador y te arrastraría, ánima en pena. ¡No te atolondres! Más te vale es-

perar, para el pago de la deuda que tengo contigo, a que se descargue mi conciencia. ¡Tan cierto que te vale más! ¡Mírala, que está más negra que los cuervos, ánima en pena! ¡Yo haré mi revelación! ¡Yo diré mi sanguinidad! ¡La palabra mía toda será de verdad!... ¡Mi palabra, palabra será que hile el cáñamo de un dogal!

MAURIÑA. ¡Calla, langrán! Acabarás en una cueva de galera por ese entresoñar y ese devanar de los meollos.

ANXELO. ¡Mauriña, yo más no puedo con la cadena de anillos dobles que llevo colgada! ¡Mauriña, yo hago mi delación y pago mi culpa! ¡Mi culpa pagada, mi alma, de negra, blanca!

MAURIÑA. ¡Calla, langrán! ¡Cuando encuentras por donde comer sin trabajos, ni usuras, ni agonías, quieres hacer tu revelación y echarnos a todos por los caminos pidiendo una limosna!

ANXELO. ¡Mi culpa pagada, mi alma, de negra, blanca!

MAURIÑA. ¡Salúdate para espantar malas ideas! Calienta el horno con el capricho del viejo Bolaño. Rosa Galans no se desgarra del hijo sin una buena renta, y de la mitad has de ser tú el dueño. ¿No te amigaste con ella? Pues si te quiere, que lo manifieste. Para que todos pasásemos hambre y anduviésemos descalzos, metidos en agua y en nieve, no te fuiste de mi jergón para el suyo. ¡Condenada, ladra! ¡Más renegrida no la dió Dios! Ten por cierto que la bribona no entrega al hijo sin recbiir mucha riqueza, y con esa ambición se lo titula por nieto a don Pedro Bolaño. ¡Santísimo Señor, un espejo de ese hijo tuyo que ahora está a dormir en la cuna! ¡Ay, babalán, langrán, aprende a sacarle los dineros, que un cuenco de berzas también lo tenías andando a cavar!

ANXELO. ¡Mauriña, yo no quiero más tratos con esa mala mujer!

MAURIÑA. ¡Calla, langrán!

ANXELO. ¡No me estorbes redimir mi alma! ¡Déjame entrar para dentro de la casa! ¡No me arrempujes fuera!

¡Enciende un cirio de cera bendita, que vengo cabo de ti, para morir, Mauriña!

MAURIÑA. ¿Qué delirio traes contigo? ¿Qué mala fada te echaron? ¡Tan cobarde nunca te vi!

ANXELO. Déjame entrar para dentro de la casa y calentarme al pie del horno.

MAURIÑA. ¿A qué te fuiste, si habías de volver con ese ramo cativo y las manos llenas de sangre?

ANXELO. Aquella mala mujer que me embrujó.

MAURIÑA. ¡Calla, langrán! Fuiste tú, que cegaste por ella.

ANXELO. ¡Fué el demonio! Con aquello que hice pensé alzar mi casa... Procurarte una ayuda a ti y a los hijos...

MAURIÑA. Más ayuda recibo del gallo pinto y las tres pitas que allá están escarbando la tierra.

ANXELO. Aquella mala mujer me embrujó. Siento dentro de mí un espíritu cativo revolar y batir como el pájaro en una gayola. Mauriña, guía para dentro de la casa, enciende la cera bendita y atranca la puerta.

MAURIÑA. Quien comió la carne, que roa el hueso. En la casa no entras.

ANXELO. ¡Rosa Galans vendrá por mí!... Mauriña, vamos para dentro de la casa; cierra la puerta. ¡No la dejes entrar, que si me mira he de irme tras ella!

MAURIÑA. ¡Ya me tienes medrosa! ¿Tanto es su poder?

ANXELO. ¡Repara mis manos manchadas de sangre!

MAURIÑA. ¡Calla!

ANXELO. Yo salvaré mi alma declarando toda la verdad.

MAURIÑA. ¡Calla!

ANXELO. ¡Mi culpa pagada, mi alma, de negra, blanca!

MAURIÑA. ¡Calla! Y pues pasamos en la vida tantas miserias, deja un día calentar el horno con el capricho de don Pedro Bolaño. ¡Salúdate para espantar malas ideas! Y como estuviste un año con esa amistad, sigue otro tiempo... Mucho nunca ha de ser, que esas mujeres bribonas tienen la virazón del viento en la mar. Por ese hijo que tuviste con ella nos vendrá la hartura.

ANXELO. El hijo de un pobre andará a pedir, Mauriña. La

riqueza de esa gran casa la tendrá en sufragios el ánima del muerto, que para redimirse me manda que todo lo declare. ¡El hijo de un pobre perderá el gallo, la moza y el caballo!

MAURIÑA. ¡Calla! Te pones al cuello el dogal y le robas su regalía a un inocente que culpa no tiene!

ANXELO. ¡Que cave la tierra! Yo, por no querer cavarla, tengo el alma aterida y negra.

MAURIÑA. ¿Y luego qué hacer cuando de viejos no sirvamos para cavar?

ANXELO. Queda el reinar de pobre de pedir y una piedra en un camino donde tropezar y caer y acabar de morir.

(El CIEGO DE GONDAR y MARIA VIRULA vienen de muy lejos, sonando en el pedregal de la ribera sus madreñas herradas.)

EL CIEGO. Hermano barquero, te llega pasaje... ¡Buena pasaje, de la que paga con dineros ajenos.

ANXELO. No loquees más, Electus.

EL CIEGO. Reír no es loquear.

ANXELO. Pero es de rapaces que aún no conocen las penas del mundo.

EL CIEGO. Y también de los viejos que las saben olvidar.

ANXELO. El Señor nos da las penas para que nos abracemos con ellas, y el que las olvida no cumple su ley.

EL CIEGO. ¿Y tú, cativo, piensas que yo puedo olvidar alguna vez que me falta la luz de los ojos?

LA MOZA DEL CIEGO. Cantar y reír nunca fué pecado.

ANXELO. Eso dice el Demonio. Pero para reír y cantar hay que holgar y dejar la tierra sin cavar. Y del no sembrar viene el no tener pan, y el robar y el matar.

EL CIEGO. ¿Y entonces tú por qué levantas el hombro a la obligación que tenías en casa de Rosa Galans?

MAURIÑA. ¿Hablaste con la tal mujer?

EL CIEGO. María Virula la oyó suspirar.

LA MOZA DEL CIEGO. Ella se explica bien en lo que dice. Y tú, cuando la veas con otro, comprende las cosas de la vida y disimula y no te acalores. ¿Que hoy le vende la risa y la conversa a Valerio el Pajarito?... Tú nada sabes. Cuando un árbol tiene raíces no teme al viento, ni teme a la hiedra el muro con cimiento. Y tú, Mauriña, que lo aconsejes bien.

MAURIÑA. ¡Mejor que lo aconsejo, María Virula! La Virgen Santísima, Nuestra Señora Bendita, que oye mis palabras, sabe cuánto le predico porque vuelva a la obligación que tenía.

ANXELO. ¡Sois a tentarme como dos serpientes! ¡Tened compasión de este temblor de agonía en que mi alma se consume, batiéndose como un pájaro cuando lo apretáis en la mano!

MAURIÑA. ¡Calla!... No sé qué tienen tus palabras que me dan miedo.

ANXELO. ¡Mauriña, déjame morir viendo lá lumbre de mi casa; cierra la puerta con el tranquero y enciende la cera bendita, que rompa mi cadena de pecados!...

MAURIÑA. ¡Calla con esas relaciones agoreras, que en la raíz de los cabellos siento el frío!

ANXELO. En el atrio de la iglesia, abrazado con sus piedras benditas, batiendo con la frente hasta que se rompa, publicaré mi culpa. ¡Mi culpa pagada, mi alma, de negra, blanca!

MAURIÑA. ¡Calla! ¿No ves que de pavura me rechinan los dientes? ¡Calla! ¡Con tu delirio al cuello te aprietas un dogal!

ANXELO. ¡Penar y pecar, y por los caminos del mundo rodar y rodar! ¡Jesús Crucificado, que no sea siempre rodar! Ruedan las piedras sin alma, pero los huesos bautizados tienen un cenicero bendito donde acabar en ceniza.

MAURIÑA. ¡Calla, cativo, o con mis manos te he de ahogar! Tu culpa está sepultada bajo la tierra.

LA MOZA DEL CIEGO. ¿De qué culpa hablas?

MAURIÑA. No hablo de culpa ninguna. Es llevarle la vena de su delirio.

EL CIEGO. Todos tenemos que callar y nos encubrir.

MAURIÑA. El más santo lleva en la alforja un delito de horca. ¡Son muy tentadores los caminos!

EL CIEGO. La Galana puede acabar con los dineros. Le gustan las meriendas con empanadas y levantar el jarro. Acabados los dineros, acabado el valimiento con la curia

MAURIÑA. Aconséjalo, Electus, tú que tienes buena labia y sabes explicarte.

EL CIEGO. Para estas amonestaciones, aun vale mejor María Virula.

LA MOZA DEL CIEGO. Hermano Anxelo, vamos a ponerle la montera al buey. ¿A ti qué te importa de los tratos que tenga con otro Rosa Galans? Lo que no va en mi año no va en mi daño. Tú a estar hecho un caballero con tu petaca llena y tu reloj de plata. Había de ser tu propia mujer y un extremo tampoco estaba bien.

MAURIÑA. Por sabido que no.

EL CIEGO. María Virula viene a significarte que dejes los celos con rabia a la puerta de la casa.

ANXELO. No son celos ni rabia. ¡Son mis manos cubiertas de sangre!

EL CIEGO. Eso es la fiebre que te acomete.

ANXELO. Cada nuevo mozo de quien se acompaña la serpiente es para mí un remordimiento, por no poder desengañarle.

MAURIÑA. ¡Son celos, langrán!

ANXELO. Es remordimiento de dejar a un hombre mozo caminar ciego de cara a la horca... El alma del muerto, cuando se me aparece, nada me culpa tanto. ¡Más me culpa por ello que por su sangre derramada!

MAURIÑA. ¡Otra vez estoy a temblar!

(Pasa una tropa de chalanes en jacos nuevos de poca alzada, fuertes los cascos, lanudos los corvejones, brava la vista, montaraz la crin: Son los

tres rapaces de Alonso Tovio, con GUZMAN DE MEIS, REMIGIO DE CALAGO y VALERIO EL PAJARITO.)

EL PAJARITO. ¡A dónde el barquero!...

LA MOZA DEL CIEGO. Va sin agua el río, y no hay barca ni barquero.

GUZMAN DE MEIS. Pues vamos a buscar el vado.

UNO DE LOS TOVIOS. Sudosas como llevamos las monturas, alguna puede atrapar una alferecía. Más nos vale bajar por los molinos hasta la Puente Vieja.

MAURIÑA. Para el que va caballero, como vais vosotros, no es vuelta.

EL CIEGO. ¡Día de feria foliada en el molino, con unas mozas!... Yo no las vi, pero las apalpé.

LA MOZA DEL CIEGO. A lo mejor apalpaste a una vieja.

EL CIEGO. Era muy dura.

LA MOZA DEL CIEGO. Entonces, fué que yo estaba cerca.

GUZMAN DE MEIS. Vamos a buscar la puente, Valerio.

EL PAJARITO. Para vosotros es camino, para mí, no. Aquí finco hasta que nade la barca.

GUZMAN DE MEIS. ¡Muy dichoso! Vamos nosotros, rapaces.

LOS TOVIOS. ¡Vamos allá!

(Se parten al trote con ruda fanfarria de frenos y de bocados. Se esfuman a lo largo de la ribera, entre los pliegues ingrávidos de la llovizna. Se desvanecen y desaparecen bajo los ramajes, que gotean lacios, tristes. Valerio el Pajarito descabalga y hace sonar sus espuelas mexicanas, de plata vieja y labrada.)

EL PAJARITO. ¿Esperáis la barca, Electus?

EL CIEGO. Sí que la esperamos.

MAURIÑA. ¡Y éste, langrán!... Pero tiene perdida el habla.

EL PAJARITO. Pues ya habéis topado, por esta vez, con uno que os pague el pasaje.

EL CIEGO. Dios te lo recompense, Pajarito.

MAURIÑA. ¡Amén!

EL PAJARITO. Vosotros os miráis en esa pequeñez. Pero en algunas partes, como en el presidio y en la América, una moneda de patacón se tira y no se hace más caso en toda la vida, por mucho que uno viva. ¡Mil años que sean!

MAURIÑA. Por esos parajes hay más moneda. ¡Aquí no hay sino pobreza!

EL PAJARITO. Me repunto que llevamos igual camino. Yo llego hasta el ventorrillo de Rosa Galans.

LA MOZA DEL CIEGO. ¡Mucho la visitas!

EL PAJARITO. Es una mujer que me gusta.

LA MOZA DEL CIEGO. ¡Buena moza, lo es!

EL PAJARITO. Me dijeron que tenía un amigo.

LA MOZA DEL CIEGO. Dicen que lo tiene.

EL PAJARITO. Todavía no lo conozco.

MAURIÑA. No lo habrás procurado...

EL PAJARITO. ¡Me alegraría conocerlo!

MAURIÑA. ¡Langrán! ¡Babalán! ¿Qué haces que no le hundes la cabeza en la tierra a ese alabancioso?

ANXELO. ¡Valerio!

EL PAJARITO. ¿Qué hay?

ANXELO. Una vez estuviste en presidio, y estarás la segunda si mantienes trato con esa mala mujer.

EL PAJARITO. A las mujeres las gobierno yo con una varilla de mimbre como a ganado manso.

MAURIÑA. Tú eres listo, y a esa la camelas para sacarle los dineros. Tú has corrido tierras y sabes el trato y el capricho de las mujeres. ¡Aprende, langrán!

EL PAJARITO. Con Rosa, hablando lo cierto, yo no tengo otra amistad que el darle algunas luces en el pleito del niño párvulo.

ANXELO. Esa mujer te embrujará.

EL PAJARITO. Ni esa ni otra. ¿No me dicen el Pajarito? Pajarito soy, y sé abrir la jaula y volar.

ANXELO. Yo al igual pensaba, y el día que ella quiso me

puso el yugo. ¡Es arte que tiene! ¡Con la mirada embruja!

MAURIÑA. ¡Ya estoy a temblar!

EL PAJARITO. Embruja con sus buenas colores, y el andar garboso, y el aire del refajo, y el pico.

ANXELO. Volviendo de la siega, ya puesto el sol, salióme al camino un can ladrando, los ojos en lumbre. Le di con el zueco y escapó dando un alarido que llenó la oscuridad de la noche como la voz de una mujer cautiva. A poco andar, descubro un ventorrillo y a ella sentada en la puerta. Entré para recobrarme... ¡Nunca entrara! Por su mano me llena un vaso. Lo bebo, y al beberlo siento sus ojos fijos. Lo poso, y al posarlo reparo que a raíz del cabello le corre una gota de sangre. Recelándome, le digo: Tienes sangre en la frente. Ella toma un paño, se lo pasa por la cara y me lo muestra blanco. Luego salta a decirme: ¿Tú vienes por el camino del río?

EL CIEGO. A todos pregunta de dónde vienen y a dónde van, por dar noticia de las veredas a los contrabandistas, que tienen en su casa una atalaya.

ANXELO. Escupió en los dedos, espabiló el candil, y poniéndome la luz en la cara, me dijo sin mover la boca: ¿A quién topaste en el camino? Y en aquel momento yo reconozco en su voz el alarido del perro al darle en la cabeza la zocada. ¡Ya no pude salir de su rueda! Sin apartarme los ojos, se pone a decir que si precisa un criado. Yo le respondo atrevido: En tu presencia lo tienes, pero has de hacerle un sitio en tu cama.

LA MOZA DEL CIEGO. No ibas tú poco de prisa.

MAURIÑA. ¡Langrán! ¡Babalán! ¿Y ese despejo que tuviste entonces, por qué no lo tienes ahora?

ANXELO. Ella, riendo, me dió con el paño que se había pasado por la cara, y en un lóstrego se me aparece cubierto de sangre.

MAURIÑA. Es el delirio que tienes de ver los fantasmas y

las ánimas, y tantas cosas que no son. ¡Ya estoy a temblar!

ANXELO. Llenó de resolio un vaso abarquillado y nos pusimos a beber juntos, agarrados por la cintura.

MAURIÑA. ¡Así los encontré! ¡Traidores! ¡Creí que me caía! Rosa Galans, que me vió, abrazóse conmigo metiéndome una mano encima de la boca, para que no se me oyese vocear... ¡Tanto me dijo!... ¡Tanto me dijo!... ¡Si me diría, que abrió el cajón del dinero, y con la cabeza vuelta a otro lado me mandó agarrar lo que quisiese!...

ANXELO. ¡Escuchad! ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!...

EL CIEGO. Es una campana que mueve el viento.

ANXELO ¡Es un perro que aúlla!... Con la sombra cubre el claro de la luna. Nunca, desde aquel día, volviera a oírlo.

(Aparece ROSA GALANS, encapuchada con el mantelo y el niño cobijado debajo. Viene por un alto del sendero. El andar garboso y decidido. Ladra con furia un perro.)

LA GALANA. ¡A la paz de Dios, amigos! ¿De cuándo celebráis aquí feria?

EL CIEGO. De nueva data, Rosa.

LA GALANA. La feria tuya es el llenar la andorga.

EL CIEGO. Pues aquí no dan nada.

LA GALANA. ¡Ay, Pajarito, mi corazón es un puro brinco!

EL PAJARITO. Sosiégalo, que ya estamos el uno a la vera del otro, Rosa.

LA GALANA. ¡Alabancioso! No van mis palabras por ese camino de tentación.

EL PAJARITO. ¿Quieres ponerme la mano en el pecho? ¡También mi corazón tiene su baile! ¡Pueden mucho los ojos de una mujer morena!

LA GALANA. ¡Qué lindo canto tienes, Pajarito!

EL PAJARITO. Pajarito soy, y como tal, quisiera estarme toda la vida deshojando una rosa con el pico.

LA GALANA. ¿Y en acabándose la última hoja, qué harías? ¡Volar!...

MAURIÑA. ¡Habla tú alguna sentencia, langrán! ¡Siempre a callar como una piedra!

LA GALANA. Vengo todo el camino con la zozobra de que me roben al hijo. Una mujer de bien, que anda en la casa de ese viejo avaricioso, secretamente me dió la voz para que estuviese alerta. ¡Dios se lo pague! Don Pedro Bolaño quiere campar con la suya, sin soltar los dineros. ¡El Demonio lo lleve! ¡Tan codicioso como tirano! ¿Y a ti, Electus, raposo sin ojos, te parece bueno irle con coplas de sátira para que reniegue de su sangre? ¡Sin tus coplas, que le dejaron la espina, nunca él me entrega a este hijo!

EL CIEGO. Rosa Galans, no me guardes mal corazón, pues ninguna cosa dijo mi boca que antes no la supiese y rumiase el viejo Bolaño. Yo agradezco el vaso que me das, y estoy por ello tan obligado, que a la hora presente aconsejaba a este cativo que volviese a la obligación que tenía en tu casa.

LA MOZA DEL CIEGO. A este cativo le hicieron mal de ojo, y menester será llevarlo a que reciba las ondas de la mar bajo la luna de media noche.

EL CIEGO. ¡O bien a San Pedro Mártir!

LA GALANA. O bien a Santa Justa de Moraña.

EL CIEGO. ¡Mejor a Nuestra Señora de la Lanzada!

ANXELO. ¡Callad con vuestra letanía! Este mal mío no lo curan saludadores, ni las ondas de la mar.

LA GALANA. ¡Rey de las mozas, mira para mí y alegra los ojos! Bebe un trago de este resolio, y verás como echas fuera del cuerpo a la bruja chupona.

ANXELO. ¡Arredra! ¡Aparta! ¡Por Jesús Crucificado, quítame la cadena que llevo al cuello!

LA GALANA. Te mando que no delires más. Y ahora a beber conmigo un trago de resolio. Mauriña, tenme al rapaz. Ponlo bajo techado, que va dormido.

MAURIÑA. ¿Cómo sacaste a esta criatura del poder de don Pedro Bolaño?

LA GALANA. ¡Cosas que pasan!

MAURIÑA. Yo esperaba que por tu valimiento el viejo Bo-

laño me consintiese llevar la vaca a pacer en sus prados.

LA GALANA. Tú mete la vaca en ellos.

MAURIÑA. Estoy tímida... Ya una vez me atrapó y me puso como un Nazareno.

EL PAJARITO. El rapaz ha de tornar al regalo que tenía.

EL CIEGO. No se te vuele el pájaro del puño, Rosa.

LA GALANA. ¿Qué quieres decir?

EL CIEGO. Que por ser tirana no prives al rapaz de verse algún día heredero de tanta riqueza. Cuida que las otras familias, hermanos y sobrinos, conspiran... Hermanos y sobrinos.

(*Anxelo se levanta como una sombra: Los ojos febriles, la boca blanca y trémula en el rostro mortal, de cera amarilla.*)

ANXELO. ¡El hijo de un pobre andará a pedir! No será su vida el se divertir de caballero, y el devanar el día entero en festejar y mozar y reír, sin priesa de acabar y sin cuidar de morir. ¡Mi palabra, palabra será que hile el cáñamo de un dogal!

LA GALANA. Este ladrón nos meterá a todos en un presidio. Hay que ponerle un sello en la boca.

MAURIÑA. Un sello de pez hirviente.

EL PAJARITO. No hay mejor sello que la piedra de la sepultura.

LA GALANA. Ten reparo.

EL PAJARITO. No hablo más.

ANXELO. ¡Anima en pena con sudario de llamas, no me atormentes! ¡Anima en pena con sudario de sangre, no me atormentes! ¡Si tienes obligaciones en este mundo, yo las andaré en tu servicio, ánima! ¡La riqueza no te la usurpará el hijo de un pobre, ánima! ¡La tendrás en sufragios para salir de penas, ánima!

LA GALANA. Bebe un sorbo de resolio, para echar fuera el ramo de fiebre que te entra puesto el sol.

ANXELO. ¡No bebo!

LA GALANA. ¡Que te lo vierto en los ojos!

ANXELO. ¡Aunque tal hagas!

LA GALANA. ¡Bebe!

ANXELO. ¡De haber bebido viene mi cadena!

LA GALANA. No hables de cadenas. Vamos a cenar todos juntos una empanada, bajo la luna, al arrimo de un roble, como las brujas.

(Rompiendo por entre los sauces viene la sombra oscura del CIEGO DE FLAVIA. Una figura penitente con el pecho cubierto de rosarios. No lleva criado, y golpea las piedras del camino con el bordón.)

EL CIEGO DE FLAVIA. ¡A las Santas noches de Dios!

LA GALANA. Aun no lo son.

EL CIEGO DE FLAVIA. Mucho no le faltará, que cantan los sapos y el rocío me moja las barbas.

LA GALANA. Con tanta ciencia y no sabes quién se halla en la nuestra compañía.

LA MOZA DEL CIEGO. No infiernes, Rosa.

EL CIEGO DE FLAVIA. Si almas caritativas no me lo hubieren advertido en el camino, llegado aquí me lo declarara su pestilencia.

EL CIEGO DE GONDAR. La pestilencia es que nos vamos a mazar la cabeza.

EL CIEGO DE FLAVIA. Date diligencia.

LA MOZA DEL CIEGO. Tú conmigo, Electus. Déjale con su querella, que causa tiene para nos aborrecer. Vamos a buscar la vereda.

(María Virula hace andar al Ciego dándole empujones, y le sigue, guiñando los ojos con un gesto pícaro a los otros, que se quedan riendo y embullando.)

EL CIEGO DE FLAVIA. ¿Dónde está el cerdo que me hizo rey coronado? ¿Dónde la gallina de mal poner? ¡Una centella de las nubes os confunda en carbón! ¡Como de la vista, de todos los sentidos ceguéis!

LA MOZA DEL CIEGO. Caminemos sin hablar.

EL CIEGO DE GONDAR. Tentaciones me vienen de le decir adiós, remedando al buey en su mugido.

LA MOZA DEL CIEGO. No hagas escarnio, que lo mismo te puede suceder a ti.

EL CIEGO DE GONDAR. Te comía el corazón en un plato, con tenedor y y navaja, como el rey de las Españas.

(La Virula empuja al Ciego. Los otros se huelgan con la risa jocunda que promueve una farsa grotesca. Se oye de pronto la voz, despavorida, de Mauriña.)

LA VOZ DE MAURIÑA. ¡Que me arrebatan al rapaz, robado! ¡Ya se lo llevan! ¡Ya se lo llevan! ¡Una sombra ligera! ¡Saltó la ventana!

ANXELO. ¡El ánima en pena!

MAURIÑA. ¡El ánima en pena!

LA GALANA. ¡Ah! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Por allá! ¡Por allá va!

MAURIÑA. ¡El ánima en pena!

(El Pajarito saca el revólver que lleva a la cintura, corre a situarse en lo alto de un bardal y dispara. Ladran en la lejanía los perros de Lugar de Condes y Lugar de Reyes.)

LA GALANA. ¡Cayó!... ¡Cayó!... ¡Cayó!... ¡Ah, ladrón!...

EL PAJARITO. ¡Un rayo me parta, que se levanta otra vez!

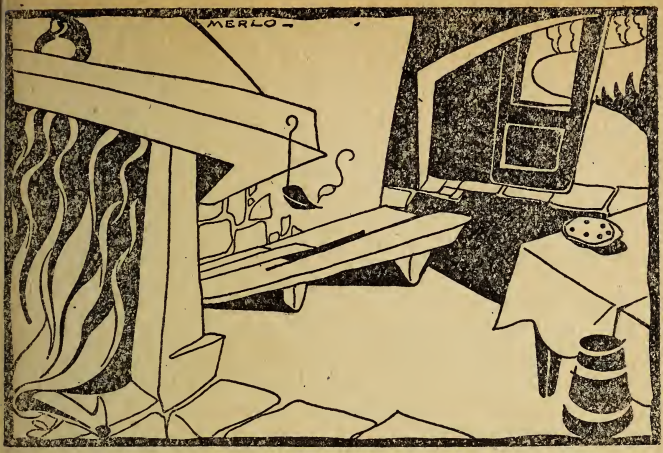
(Corre por entre los árboles. De tiempo en tiempo se oyen las detonaciones de su revólver. Anxelo parece muerto sobre la yerba. Mauriña escucha, medrosa y arrodillada.)

LA GALANA. ¡Pedro Bolaño, no me avasallará tu gran poder!

FIN DE LA JORNADA

JORNADA TERCERA

CAUTIVERIO



En la casa de Don Pedro Bolaño. Es la hora en que las gallinas se recogen con el gallo mocero. Arde una lumbrada de tojos en la gran cocina, ahumada de cien años, que dice con sus hornos y su vasto lar holgura y labranzas. Una vieja hila sentada debajo del candil. Los otros criados desgranan mazorcas para enviar el fruto al molino. Hablan en voz baja. Tienen un aire de misterio. Las figuras, las sombras, las voces parecen próximas a desvanacer, inconsistentes como el ondular de la llama bajo las negras piedras de la chimenea donde silba el viento

JUANA DE JUNO. Cuando don Pedro entró en la casa, el sollozo que dió la llenó toda. No iba la gran bribona por la cerca, cuando el amo ya enviaba por el niño a señora Andrea la Navora.

LA HIJA MAYOR DE ROSA DE TODOS. Y Rosa Galans, cuando vió que el hijo le era devuelto, quedóse mortal. Gustante hubiera querido recoger del aire sus palabras.

JUANA DE JUNO. Por eso fué aquel hablar mío de que la criatura no había perdido su suerte, y que volvería a reinar en esta casa.

(LA NAVORA entra acezando y se desata las puntas del pañuelo para respirar a su talante. Todos callan en espera de que hable la vieja hilandera.)

LA NAVORA. ¡Santísimo Señor de los Exércitos! ¡No topé en mis años con mujer más rebelde! ¡Lo que retalea! ¡Lo que retalea! Le hablé al corazón, y por nada de este mundo consintió en tornarse acá.

JUANA DE JUNO. Veremos lo que alcanza Malvín.

LA NAVORA. ¿También vá cabo de ella? No sacará nada... ¡La Galana quiere que el amo se humille!... ¡Que con sus canas y su gran orgullo vaya a rogarle!... ¡Quiere que la cubra de oro!

JUANA DE JUNO. Malvín, si tercia, no habrá de ser con palabras conqueridoras. ¡Antes de partir estuvo afilando la hoz! Mas el amo, que lo vide, le ordenó que la dejare, y por segunda vez le llamó para hacerle sus recomendaciones.

LA HIJA MAYOR DE ROSA DE TODOS. Mi verdad, que si tanto había de afanarse el amo por recobrar al infante, más le valiera no haberse desavenido con la madre y apartarla con aquello que pedía.

JUANA DE JUNO. ¿Y tú sabes lo que pedía? Cada hora una nueva cosa. ¡Y don Pedro Bolaño siempre fué muy celoso de su fuero!

(En la puerta ahumada, abierta en el rincón del muro, aparecen dos sombras borrosas y silenciosas. El caballero labrador apoya una mano en el hombro de Doña Isoldina. Despacio y sin hablar pasan por entre los familiares, y van a sentarse ante la mesa dispuesta cerca del hogar para la cena.)

DON PEDRO. ¿Sabe tu madre que estás en mi casa?

DOÑA ISOLDINA. Supondrá que estoy en la novena.

DON PEDRO. Hoy colacionas conmigo. Tu compañía me consuela y no te dejo ir.

(Con esto, don Pedro Bolaño, dando un suspiro, se sienta en su sillón frailero. A la otra ca-

becera, en un escabel, se sienta doña Isoldina. El viejo queda un momento distraído mirando la llama. Una MOZA sube de la bodega el jarro talavereño, y una VIEJA sirve la cena. Don Pedro se santigua y bendice la mesa. Hay un leve y apagado murmullo, que finalizan a un tiempo el amo y la sobrina.)

DON PEDRO. ¡Amén!

DOÑA ISOLDINA. ¡Amén!

DON PEDRO. ¿Qué alcanzará Malvín? ¿A ti no te anuncia nada el corazón, sobrina?

DOÑA ISOLDINA. ¡Hace tanto tiempo que no creo anuncios del corazón!... ¡En el día más alegre de mi vida ocurrió la desgracia!... ¡Y mi corazón cantaba!

DON PEDRO. ¿Y ahora no sientes alguna voz secreta?

DOÑA ISOLDINA. No... Ni creo en ellas.

DON PEDRO. ¡Yo, sí! En todos los sucesos graves de mi vida el corazón me anunció lo que estaba oculto. La muerte de mi hijo la vi en un sueño... Y de los disgustos y de los afanes que ese huérfano había de ocasionarme, también tuve presentimiento. A guiarme de la corazonada, jamás lo hubiera traído conmigo. Sin tu inclinación por el monjío, ese niño no entra aquí.

DOÑA ISOLDINA. Era una obligación mirar por él.

DON PEDRO. No. Me lo pusieron delante de los ojos, y es tanta su semejanza con el muerto, y estaba yo tan solo... Pero antes de que todo eso ocurriese, mi primer impulso fué llamarte a ti, tenerte a mi lado... Y acaso, andando el tiempo, casarte con otro hombre y criar vuestros hijos como mis nietos... ¡Eso debió ser!

DOÑA ISOLDINA. No se quiere más que una vez en la vida.

DON PEDRO. Calla con esas historias de libro impreso. Se quiere siempre: La moza al mozo, y el viejo al niño. Mírame a mí, que no puedo vivir sin ese nieto de tras la Iglesia. ¿Tú comprendes la cárcel que sería esta casa quitando el sol de todas sus ventanas? Pues eso será mi vida si no recobro al nieto.

DOÑA ISOLDINA. ¡Dios lo traiga!

(Entra humildemente una MOCINA con ojos de inocencia. En las manos sostiene un nido de tórtolas.)

LA MOCINA. ¡Santas y buenas noches!

VARIAS VOCES. ¡Santas y buenas!

DON PEDRO. ¿Acomodaste el ganado, Musquilda?

LA MOCINA. Acomodé, sí, señor.

DOÑA ISOLDINA. ¿Qué tienes? Suspiras como después de haber llorado, rapaza.

JUANA DE JUNO. ¿Te coceó la vaca?

LA MOCINA. Murieron las tórtolas que estaba criando para el lucerín. De hambre no fué. Así, frías como están, topelas en el nido.

(Bajo el arco que abre zaguán a la plaza hay una hilera de figuras desvanecidas, diluídas, monótonas. Gesto y voz en la gama del gris.)

DIANA DE SALVORA. Ya está don Pedro a su mesa. ¿Quién entra primero?

LA ABUELA. ¿Qué vos manda la doctrina? ¿No vos manda ser de pro para los viejos?

LA OFRECIDA. Nos vamos delante porque somos dos, y la vez de la una y la vez de la otra hacen una vez mayor.

(Se adelantan juntas y encorvadas. Quedan en el umbral viendo el fuego, con las llamas bailando en los ojos.)

JUANA DE JUNO. No embrujéis la lumbre, de lejos.

LA ABUELA. ¡Espíritu Santo!

LA OFRECIDA. ¡Ave María!

JUANA DE JUNO. ¿Qué conveniencia os trae?

LA ABUELA. Cambiar maíz por pan cocido. Estas espigas que nos dieron por las puertas.

JUANA DE JUNO. ¿Quién cosechó maíz tan cativo?

LA ABUELA. Reparo pones a la limosna que me diste.

(Don Pedro Bolaño, que ha estado mirando a

la vieja muy fijo y encapotado, saca el cuerpo un poco fuera en el sillón frailero.)

DON PEDRO. Tú no eres nativa de Lugar de Condes.

LA ABUELA. ¡Sí, señor, cabo del crucero!

DON PEDRO. Darás aviso a Remigio de Cálago para el Foral del Canabal. ¡Que no busque andar en justicias!

LA OFRECIDA. Remigio de Cálago se mudó de Lugar de Condes. Ahora vive en Lugar de Reyes. Si no le corre priesa, mañana de amanecido le llevo volando el recado.

DON PEDRO. Que os cambien ese maíz.

LA ABUELA. ¿Por cuánto pan?

DON PEDRO. Por un pan entero.

(Calladas, silenciosas, han ido entrando en la cocina las otras sombras cobijadas bajo el arco del zaguán. Un RAPACIN cubierto con el manteo de la madre, y DIANA DE SALVORA. Viene con ella una brisa de redes y algas. Es blanca, alegre, desnuda de pierna y de pie, con los ojos verdes de onda de mar, metida en vientos y en soles.)

DIANA DE SALVORA. ¡Santas noches!

TODOS. ¡Santas y buenas!

DIANA DE SALVORA. Venía a vuestra puerta por un puñado de harina leveda para amasar.

JUANA DE JUNO. ¿Para amasar o para un unto?

DIANA DE SALVORA. ¡Ni que fuera bruja!

LA NAVORA. Bruja, no, pero les echas un requiebro.

DIANA DE SALVORA. ¡Tengo ciencia! Con ella esclarezco las vidas. Señor don Pedro, ¿quiere que le lea las cartas y le manifieste su mañana?

DON PEDRO. Ya sabes que maldigo de hechicerías.

DIANA DE SALVORA. ¡Mire que en la faltriquera traigo el naipe!

DON PEDRO. ¡Nada de adivinos!

DIANA DE SALVORA. ¡A ver qué salía! El cinco de oros. ¡Vea! Audacia y fortuna. Esto dice una consecuencia de cuanto aquel escrúpulo que tuvo y fué tocante...

DON PEDRO. ¡Cuándo dejarás de venirme con estas salmodias! Esta noche no quiero conocer el porvenir.

DIANA DE SALVORA. Canta el viento marino. Corazón valiente no teme interrogar al Destino.

DON PEDRO. Corazón valiente otro tiempo lo fuí y lo mostré.

(Sucede un largo silencio. La cocina tiene paz de retablo. Danzan las llamas en el hogar, y en torno todas las figuras están quietas, imbuídas de misterio. Bajo el manteo que le encapucha, el rapacín levanta su voz, clara como en el coro.)

EL RAPACIN. Dice mi madre que si le emprestan un puño de harina maiza para hacer unas papas, pues ella no tiene con qué darnos cena.

DOÑA ISOLDINA. ¡Pobres almas! Son cinco, y la madre ella sola a trabajar. ¿Qué hace tu madre?

EL RAPACIN. Pues no hace nada. Cava la tierra.

DON PEDRO. Díle de venir mañana para sacar los ganados, pues está en un viaje Malvín.

EL RAPACIN. ¿No me dan la harina?

DIANA DE SALVORA. ¿Y a mí ese puño de levedo?

DON PEDRO. Dad al rapacín lo que pide. Tú, Diana de Sálvora, siéntate. Cenarás él compango con todos, y luego te arrimarás a hilar una rueca, que pronto esperamos al tejedor.

(Aparecen en la puerta EL CIEGO DE GONDAR y LA MOZA. Dos figuras negras, que despiden un vaho de humedad. El hombre se sacude bajo la anguarina. La mujer hace temblar largo y fino las sonajas de la pandera.)

EL CIEGO. ¿Dan su licencia al Ciego para que se caliente a la lumbre? Algo tiene que comunicar al señor don Pedro Bolaño. ¡Mi amo por toda la vida! Aun cuando no veo, paréceme que está sentado a la mesa. ¡Que le haga muy buen provecho!

DON PEDRO. ¡Mala nueva traéis! ¡Sois pájaros de mal agüero!

LA MOZA DEL CIEGO. La nueva que traemos así puede ser buena como puede ser mala. No la denigre sin la conocer, que no le pedimos aguinaldo por ella.

EL CIEGO. Me falta la luz de los ojos, y de todas las cosas de este cativo mundo solamente logro alcanzar una parte pequeña... Pero decía mi abuelo que por la oreja, como por el rabo, se reconoce todo el cuerpo de la bestia. A Rosa Galans le robaron el hijo. Quien fuese no sé...

DON PEDRO. ¿Tú lo has visto?

EL CIEGO. Yo nada veo.

DON PEDRO. ¿Tú?

LA MOZA DEL CIEGO. Yo andaba lejos.

DON PEDRO. ¡Decid pronto lo que sepáis!

LA MOZA DEL CIEGO. Saber cosa cierta, ninguna. Oímos voces... Y los tiros que daba Valerio...

EL CIEGO. ¡Y hasta el gemido de un cristiano al fincar en tierra!

DON PEDRO. ¡Tampoco ahora me engañó el corazón!

DOÑA ISOLDINA. ¿En dónde ha sido?

EL CIEGO. ¡En el Paso de la Barca!

DON PEDRO. ¡Encended luces!

JUANA DE JUNO. ¡Son los asesinos de don Miguelito!

DON PEDRO. ¡Pediré justicia!

LA NAVORA. ¡Le comerán los canes de la curia! ¡No hay justicia en Quintán de Castro Les!

DON PEDRO. ¡Pues haré la justicia por mi mano! ¡Iré a sacarles de su madriguera!

DOÑA ISOLDINA. ¡No irá usted solo! Yo también iré.

JUANA DE JUNO. ¡Y todos nos! Ya están encendidas las teas.

EL CIEGO. No descubran al Ciego... Es la primera vez que olvida los mandamientos del pobre de pedir.

DOÑA ISOLDINA. Alguien llama desde el camino.

LA VOZ DE MALVIN. ¡Socorro, mi amo!... ¡Socorro!...

DON PEDRO. ¡Es la voz de Malvín!

LA VOZ DE MALVIN. ¡Socorro!... ¡Venid a recogerme!...

DON PEDRO. ¡Alumbrad el camino!

LA VOZ DE MALVIN. ¡Muero desangrado! ¡Socorro, mi amo!

DON PEDRO. Su voz llega hasta mí como un remordimiento. Tiemblo de miedo y de angustia... ¡Y de dudas también!... ¿Acaso la avaricia me ha endurecido el corazón? ¡Señor, pon al niño en mis brazos y

déjame tan pobre, tan pobre, que pida limosna para él!

(El portón de la cocina está abierto de par en par ante el cielo estrellado y profundo. Don Pedro Bolaño hállase atento a los rumres de la noche, vencido, amedrentado, caviloso, sintiendo en el oscuro enlace de todas las cosas lo irreparable y lo adverso del Destino. De fuera llegan las ráfagas de un rumor asustadizo y doloroso.)

LA VOZ DE DOÑA ISOLDINA. ¡Cayó en la cancela! ¡Tiene al niño abrazado! ¡Dádmelo! ¡Dádmelo!

JUANA DE JUNO. ¡Está aterido el ángel de Dios!

MALVIN. ¡Está muerto!

JUANA DE JUNO. ¡De la sien le corre un hilo de sangre!

(Aparece en la puerta DOÑA ISOLDINA, con el NIÑO en brazos. JUANA DE JUNO le cruza las manos amoratadas sobre el pecho y le cubre la cara con un pañuelo blanco. El viejo labrador levanta los brazos como una sombra.)

DON PEDRO. ¡Le mató la dureza de mi corazón!

LA MOCINA. ¡Qué lirio blanco, blanco!... Parece un Niño Jesús.

LA NAVORA. ¡No aparenta muerto! Acercadlo al fuego... Por veces nos engañamos... Pudiera revivir el ángel de Dios.

MALVIN. El mismo plomo que pasó mi pecho, el mismo plomo le mató.

(Doña Isoldina, sentada en una silla de roble, tiene acostado al niño en su regazo. En torno, sobre las losas, están arrodilladas las figuras familiares como en los retablos del nacimiento y de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Don Pedro Bolaño, en su sillón cerca del fuego, habla entre sí con apagada voz.)

DON PEDRO. ¡Tan viejo y tan solo! ¡Ya me pueden enterrar!

MALVIN. ¡No se desconsuele, señor mi amo! Tengo una niebla en los ojos y no puedo verle la cara, mas por el sonar de sus palabras, paréceme que llora. ¡No llore, señor mi amo! ¡No llore, mi padre don Pedro!

DON PEDRO. ¡Qué hacer sino llorar!

MALVIN. Voy a morir, y es mi obligación descubrirle la verdar de todas las cosas. No llore como su sangre la sangre derramada del picarín.

DON PEDRO. ¡Rosa de mi sangre, que mi vida alegraba!

MALVIN. ¡Engaño era! ¡Engaño de malas mujeres!

DON PEDRO. ¿Qué importa que fuese engaño? Sobre mi cuello se juntaban sus manos, y como aquellos hijos míos que vi morir de ángeles, me sonreía.

LA NAVORA. No hables tú, Malvín. Hablando pierdes vida. Restaña con este lienzo la sangre que te mana. Estás atarazado como un Nazareno.

MALVIN. Un can blanco vino tras de mí.

JUANA DE JUNO. ¿Por qué no lo espantaste?

MALVIN. Porque pensé: ¡Malvín, pecador, es el can de la muerte, y si ha de roerte los huesos en la sepultura cuando no lo sientas, que roa en ellos mientras estás vivo, y este dolor vaya en descargo de tus culpas!

(MAURIÑA y ANXELO, dos figuras doloridas, hechas de terror y de miseria, llegan sigilosas hasta el umbral de la puerta y se arrodillan con las manos juntas, estremecidas bajo sus harapos.)

MAURIÑA. ¡Casa enlutada!

ANXELO. ¡Sangre derramada!

MAURIÑA. ¡Habla para que llamen al verdugo y te sea perdonada!

ANXELO. ¡Vednos aquí arrodillados sobre la tierra, besándola con nuestra boca y haciendo en ella las cruces benditas! ¡Vednos aquí pidiendo un castigo y las justicias de este mundo para ser perdonados en aquel otro mundo de la verdad resplandeciente, donde los santos y los ángeles, lindos como soles,

están cantando y bailando sus bailes a la vera de Dios Nuestro Señor Jesucristo! ¡Aquí arrodillado publicaré mi condenación! ¡Mi palabra, palabra será que hile el cáñamo de un dogal! ¡Noble caballero, toma un hacha en tus manos y corta mi cabeza!... ¡Corazón afligido, castiga al matador!... ¡Ay!...¡El can que aúlla! ¡No le dejéis entrar!

MAURIÑA. Remata con una palabra tu confesión, Anxelo. ¡Que hemos llegado a esta puerta arrastrados en el aire del ánima en pena! ¡El ánima en pena del hijo que lloras, noble caballero! ¡Juntos la vimos cuando íbamos caminando por una senda! ¡Abrazados nos trajo en su torbellino, mas yo no soy culpada!

ANXELO. ¡Aúlla el can! ¡Aúlla el can!

MAURIÑA. Es la mujer que lo tiene embrujado. No la dejen entrar. ¡Remata, Anxelo, con una palabra, para que la sombra del muerto vuelva a la huesa!

ANXELO. ¡Aúlla el can!

(Se oye en una ráfaga la voz de ROSA LA GALANA, y se ve su sombra que adelanta en la noche. En la cocina callan todos como recogidos bajo el vuelo de unas alas invisibles.)

LA VOZ DE LA GALANA. ¡Don Pedro Bolaño, devuélvame a mi hijo! ¿Es acción de caballeros o de facciosos robar el hijo a una madre? ¿No hay justicia en Quintán de Castro Les?

DON PEDRO. ¡Entra, sierpe rabiosa! ¡Entra!

LA GALANA. ¡Ay, viejo mañero, quier que entre! ¡No entro, no! ¡Conozco la artería! ¡Me pone la trampa para me llevar a la justicia con aquel dictado de pisar en su casa por la fuerza!

DON PEDRO. ¡Ojalá nunca hubieras pisado en sus losas! ¡Contigo vienen desgracias y furias! ¡Entra y contempla a tu hijo muerto!

LA GALANA. ¿Qué dice, condenado? ¡El hijo mío muerto! ¡Muerto el jilguero de más lindo cantar! ¡Muerto después de haberlo criado con los trabajos del mundo!

¡Nuestro Señorín de Belén! ¡Siete ferrados de trigo gastados en yerbas de medicina y miel para las aguas! ¡Si no era con miel, me las cuspía, que en todo heredaba la inclinación de caballero! ¡No me desampares, Pedro Bolaño! ¡Era flor de ese gran árbol esa prenda muerta!

DON PEDRO. ¡Era flor de la tierra!

LA GALANA. ¡No desampare a la madre!

DON PEDRO. ¡A la sierpe que lo mató!

LA GALANA. ¡Yo! ¿Que yo lo maté? Ustede, que me lo roba ahora, y que antes me lo devolvió por no darme lo que era debido. Recuerde que ni aun quiso escucharme. Tengo testigos. ¡Reclamaré ante la Justicia!

DON PEDRO. ¡No hables tú de Justicia! ¡Lo que debes hacer es temerla!

LA GALANA. ¿Y por qué la he de temer? El que no es culpado, no teme.

DON PEDRO. ¡Tú eres culpada! ¿Quién asesinó a mi hijo, Rosa Galans?

LA GALANA. ¿Ahora me levanta esa calumnia? ¿Qué hablaste tú, Mauriña? ¿Qué hablaste, Anxelo? ¿Qué buscáis aquí? ¿Un pedazo de pan? En mi casa lo tenéis sin vos poner de rodillas, humillados con los brazos abiertos. ¡Vamos, Anxelo!

ANXELO. ¡Rosa!

LA GALANA. ¡Irguete!

ANXELO. ¡Rosiña!

LA GALANA. ¡Vamos!

ANXELO. ¡Vamos!

MAURIÑA. ¡Nuevamente te echas al cuello la cadena de pecados!

ANXELO. ¡No me la arranca nadie, si no es la muerte!

LA GALANA. ¡Tú tampoco quedas aquí, Mauriña! ¡Anda con nos!

MAURIÑA. ¿A dónde, Rosa?

LA GALANA. Adonde vos lleve.

MAURIÑA. ¿Mas, a dónde?

LA GALANA. ¡A los Infiernos!

(Anxelo y Mauriña salen delante humilladas las frentes, con un tremido trágico bajo sus harapos. La mirada dura y negra de Rosa Galans los sigue hasta que pasan el vano del arco. La Galana, en el umbral, se vuelve, escupe en las losas y hace los cuernos con la mano izquierda. Las gentes de la cocina se santiguan. Un momento después tres perros blancos ladran en la puerta.)

FINIS TRAGEDIÆ

LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL

MADRID

ARENAL, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.

Gutiérrez

Semanario español de humorismo

K-HITO, DIRECTOR

4 COLORES

Los mejores escritores humorísticos

¡

Concursos raros

¡

20 PAGINAS

Secciones extrañas

¡

0'30 CENTIMOS

Contra la neurastenia

¡

Contra la hipocondría

COMPRELO VD. TODOS LOS SABADOS

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID